

Más que basura

Carlos LARRINAGA
Historiador

Da pena pasear por las recoletas y reconstruidas calles del centro de Beirut desde hace semanas invadidas por todo tipo de desperdicios y bolsas de inmundicia. Zona neurálgica por excelencia, atestada de tiendas y restaurantes, ahora parece un estercolero por la prolongada ausencia de recogida de residuos. El cierre del principal vertedero de la ciudad el pasado 17 de julio a manos de los vecinos por estar completamente saturado y la falta de previsión al respecto han desembocado en este caos. La cuestión, sin embargo, radica en que no estamos ante un mero asunto de higiene, de salud pública o de regulación laboral. Como en otros casos cercanos (Nápoles, por ejemplo), detrás de tantos despojos hay un conflicto político que no podemos obviar. Y eso es, pues, lo que está denunciando la oposición a través de la plataforma “Tú apestas”. Las manifestaciones de los pasados 22 y 23 de agosto en la capital libanesa se saldaron con 61 civiles y 99 agentes heridos, según fuentes oficiales. Así, muchos de quienes tomaron parte en las protestas se quejaron de la fuerza desproporcionada empleada por la policía. Lo cual no fue óbice para que aquéllas continuaran los días siguientes, culminando en la gran marcha del 29 de agosto en la emblemática Plaza de los Mártires.

Evidentemente, a estas alturas nadie duda de que los participantes en ellas están aprovechando esta guerra del detritus para hacer valer sus reivindicaciones. En el fondo de todo hay una atribución seria de corrupción que no conviene obviar. En concreto, “Tú apestas” acusa a las autoridades gubernamentales de no ser capaces de poner fin a comportamientos inmorales que son los causantes de esta situación. Piden reformas políticas y una mayor honradez en la gestión pública en un país que, aunque formalmente democrático, mantiene elementos propios de un sistema pre-político. Ejemplo de lo cual son las cuotas de poder en función de los grupos étnico-religiosos. Tras quince años de guerra civil, los acuerdos de Taif (en Arabia) propiciaron la reforma de la Constitución de 1926 en la que primaron los equilibrios entre las diferentes minorías. El propósito era acabar con las milicias armadas y que las distintas partes estuviesen representadas en los diferentes órganos de la Administración, al tiempo que se identificasen con un nuevo Líbano en paz. Pues bien, aunque podamos hablar de un relativo éxito en la región, a tenor de lo que estamos viendo en otras naciones próximas, lo cierto es que el sistema aún es muy deficitario. Ya que, además de la categoría de ciudadanía, otras como las de religión, etnia o clan siguen jugando un papel determinante en la vida política y social libanesa. En realidad, no es algo nuevo y, al menos, se remonta a la presencia de las grandes potencias en la zona, cuando todo ese territorio pertenecía aún al Imperio Otomano. Estados como Francia o Gran Bretaña jugaron a la división entre cristianos maronitas, sunitas, chiítas o drusos sin ningún miramiento. Y, en buena medida, esto se mantiene hasta hoy en día.

Visto lo cual, no podemos dejar de tener en cuenta esta peculiar forma de practicar la política con el tema de los desechos que aquí nos ocupa. En este sentido, no debemos olvidar que las contrataciones de servicios públicos muchas veces han sido objeto de pingües ganancias para sus beneficiarios. Tampoco han sido extrañas las conexiones entre la política y dichas empresas, habiendo desembocado en no pocas ocasiones en importantes escándalos económico-políticos. Es precisamente lo que está sucediendo en estos momentos en el Líbano con la recogida de basuras. Se ha llegado a una situación insostenible de amiguismo y favoritismo criticado activamente por los opositores,

habiendo desembocado, como ya se ha dicho, en violentos enfrentamientos. Para algunos es la gota que colma el vaso de un sistema anquilosado incapaz de modernizarse. Estaríamos, en su opinión, ante una prueba reveladora de la esclerosis política que sufre el país de los cedros. A este respecto, el hecho de que después de más de un año no se haya podido elegir al nuevo presidente de la República sería una prueba indiscutible de ello. Algo que se debe a la falta de avenencia entre las distintas formaciones políticas.

No basta, por consiguiente, con hablar de cuándo se recogerán las cantidades de porquería acumuladas en las plazas y rúas beirutíes. Las quejas constituyen, en el fondo, un toque de atención a una clase política ensimismada, que está más pendiente de los contrapesos y de las prebendas del poder que de atender las auténticas necesidades de sus ciudadanos. Por ahora nadie menciona la reforma constitucional, claro. El momento lo desaconseja completamente. Por un lado, no hay consenso necesario. Por otro, está la guerra siria y el millón de refugiados que hay en suelo libanés, una bomba de relojería para una población de algo más de cuatro millones de personas. En definitiva, lo que se demanda es mayor transparencia, menos nepotismo y, sobre todo, que la corrupción deje de rampar y de corroer las distintas instituciones del Estado. No me parece que sea demasiado pedir, la verdad. Aunque debido a la turbulenta historia del Líbano en las últimas décadas, me temo que esta tarea no va a ser nada fácil.

1 de septiembre de 2015